



El vientre de la ballena.

(Notas sobre poesía latinoamericana actual)

Si bien es cierto que el Acto Poético, entendido como comunión con la poesía, es solitario tanto más en el instante de su creación (llámese escritura del poema), como en el momento de su recreación al ser leído, es indiscutible en él, una clara predisposición comunicativa que, como sabemos, ha corrido a lo largo de la historia, suertes diversas. Desde momentos de claro entronque con el ser, decir y obrar de su tiempo, hasta los últimos reductos de una marginalidad exacerbada.

Claramente situada en un momento ajeno a la época de las ebulliciones estéticas atizadas por esos inmensos aunque no únicos protagonistas de la historia de la literatura de este siglo que fueron los "ismos" y las escuelas de vanguardia, la poesía actual en Latinoamérica parece más solitaria. Transita un camino poblado de espejismo develados, agresivos alres - a veces irrespirables - de mil y un desengaños y pesadas cargas sobre los hombros de sus poetas. ¿Cuál es esa pesada carga? La Experiencia Poética moderna en particular, quizás a partir de Lautremont y literaria en general acaso desde Kafka, carga a la que habría que sumar en estos últimos tiempos, toda la sintomatología sensible del reino del desencanto. Mas la vocación poética del continente suficientemente afirmada y reafirmada no sufre mella. Los poetas están dispersos, la poesía unida y vigorosa.

En efecto, una lectura de la poesía de estos últimos tiempos, nos muestra en la amplísima variedad de sus propuestas, una cierta unidad que, como un manantial subterráneo alimenta los diversos territorios de la geografía poética.

Ahora bien. ¿Es posible afirmar la existencia de esa vertiente subterránea en medio de un paisaje que además de variado, como se dijo, es esencialmente oculto?, pues es evidente que la poesía no ocupa un lugar nitidamente visible en el mundo (a no otra cosa aluden las supremacías desmedidas de la novela por ejemplo) otorgándonos la concesión de circunscribirnos al orbe de la literatura. Será posible esa afirmación tomando en cuenta además que, tanto la ausencia de una perspectiva histórica por el escaso tiempo transcurrido, pues no hay que olvidar que estamos hablando de la poesía de esta década, es decir, de poetas y poemas frescos y vecinos en tiempo y espacio, así como el paradójicamente obstruido acceso directo a las obras, detentan obstáculos muy difíciles de superar.

Haciendo una preclusión, nos estamos refiriendo a poetas jóvenes, pues es evidente que muchos poetas verdaderamente grandes, quienes han perfilado una obra y un derrotero, han seguido y siguen escribiendo y publicando en estos últimos años. Alvaro Mutis, Homero Aridjis, etc. Ellos y sus textos conforman un gran cuerpo de difusión no sólo en Latinoamérica, signo de su calidad, es cierto, pero también de un aparato montado y legítima-

do a lo largo de muchos años.

Y si esta vena subterránea que creemos vislumbrar en la poesía última realmente existe, ¿se puede precisar o al menos delinear alguno de sus rasgos? Julio Ortega quien con su libro "El turno y la transición, antología de la poesía Latinoamericana del siglo XXI" se propuso trazar "una suerte de mapa tentativo" según sus propias palabras, de la poesía que nos ocupa, cree que sí, que la subterránea vertiente de la que llegan a beber los poetas existe y ésta es visible en la medida de nuestra participación en "esa copresencia inmediata, en la animación de un tiempo homólogo a la temporalidad urgida de la poesía misma", según sus propias palabras.

La escritura de los jóvenes poetas está hecha en una especie de hermandad, o al menos comunión signada por la temporalidad y equidistancia en torno a experiencias, aunque aparentemente diferentes, esencialmente comunes (El vientre de la ballena), así sea desde la fragmentación involuntaria o las soledades premeditadamente asumidas. "Después de todo - continúa Ortega - estos poetas escriben en una época signada por la posmodernidad periférica (por el desencanto con las agendas de la modernización neoliberal en México, Argentina y Perú); marcada por las crisis de todo orden (la crisis es el horizonte natural); despojada de explicaciones suficientes (la violencia, la corrupción, la depresión del espacio político se suceden sin esclarecimiento)". Esto, "seguramente demandaba a los más jóvenes volver al valor más inmediato del habla, a su materialidad puesta a prueba, a la calidad de lo específico, de lo emocional y analítico, a su verdad entre las manos y sin apelaciones. Estos poetas escriben en una situación por demás fluida: les ha tocado el turno de la palabra en la transición que rehace su lugar, marginal y precario, en una cultura sin horizonte social articulado; donde, sin embargo, deben recuperar el valor de las palabras y albergadas del derroche de sin sentido. Han escrito ellos en las páginas más vulnerables".

Sin embargo, y me temo que es inevitable, los poetas seguirán apostando a su única carta: el poema. Françoise Villón hace casi seiscientos años dijo: "es hombre muy loco y muy necio/ quien, por poca cosa apuesta tan fuerte". A despecho de ello, la poesía estará presente con su propia voz aún en situaciones en extremo difíciles. ¿O acaso por eso mismo?, donde la amenaza de inviábiles horizontes sea vislumbrada con auto compasión por el hombre. "El poema es una careta que oculta el vacío" dice Octavio Paz. "¡Prueba hermosa de la superflua grandeza de toda obra humana!".

BENJAMIN CHAVEZ C. 1971.
Poeta y escritor; miembro de
la U.N.P.E. y del Consejo
Editor de "El Duende"

